

097/064/066

DISCURSOS DE FRANCO Y MACAPAGAL EN EL PALACIO DE ORIENTE

FRANCO

"TENEIS DE VUESTRO LADO LA FE CATOLICA Y EL LEGADO DE LA LENGUA ESPAÑOLA COMO POSIBILIDAD DE ACERCAMIENTO ENTRE LOS PAISES"

"APROVECHAREMOS HASTA EL MAXIMO LOS FRUTOS DE LA EXPERIENCIA ESPAÑOLA"

MACAPAGAL

Al terminar la cena de gala ofrecida al Presidente filipino por el Feje del Estado español, el Generalísimo Franco pronunció las siguientes palabras:

Señor Presidente:

Cuando un filipino viene a España, trae con su persona la prueba viva e impresionante de hasta qué punto de fecundidad puede llegar el espíritu de solidaridad humana y qué frutos puede dar la voluntad decidida de los pueblos que quieren conocerse y fundirse. Pues con su presencia nos dice nuestro visitante que casi a la máxima distancia que en este mundo nos puede separar; incrustado en el corazón del Oriente; alejado de la vecindad física del Occidente; único, distinto en su perfil humano, está vuestro país exhibiendo en sí mismo una muestra original y sorprendente del encuentro de dos pueblos distantes. De dos pueblos a los que antes separaban no solamente el espacio y el tiempo, sino también las formas de vida, los medios de expresión y los sistemas de creencias, y que ahora se entienden en una lengua común y se unen en una misma fe.

Todos estos pensamientos, toda la sorpresa permanente por este casi milagro de la unión de dos extremos del mundo, se magnifica hoy con vuestra presencia como Presidente de la República de Filipinas, como representante máximo de vuestro pueblo. Sois, no solamente por vuestra alta función, sino por vuestra propia personalidad, vuestros nombres, vuestra formación, un símbolo perfecto de la hazaña espiritual iniciada hace cuatrocientos años en aquella lejana bahía, en donde aún resuena, como una voz del espíritu, el españolísimo nombre de corregidor. Por la honra que nos dais al visitarnos y por el mensaje que nos traéis, señor Presidente, os damos las gracias más rendidas, al tiempo que os abrimos de par en par las puertas de esta casa que ha sido siempre la vuestra.

En los últimos años, los legisladores y los gobernantes de vuestro país se han preocupado muy especialmente por el cuidado de la lengua española y por la preservación de su futuro. Nos parece ver en ello un acto de conciencia histórica, pues la lengua común no es una reliquia del pasado ni siquiera, simplemente, un medio de expresión, sino que es, como toda lengua, un vehículo del espíritu, una manera de entender el mundo que nos rodea, y esa manera, en vuestro caso, aunque sea adquirida, tiene una honda raíz de cuatro siglos, y a través de ella participáis con nosotros de una herencia de cultura que nos pertenece por igual. Por eso, al preservarla junto a las formas autóctonas de expresión, no hacéis más que mantener la riqueza de vuestro doble patrimonio cultural y guardar vivo el más antiguo y profundo vínculo que tenéis con la cultura de Occidente, a la que también pertenecéis.

En un tiempo como éste en que vivimos, en el cual la grave crisis histórica por la que el mundo atraviesa plantea la necesidad de una restauración espiritual y de un conocimiento muy sincero de los pueblos, vosotros tenéis de vuestro lado la fe católica como un arma de fortalecimiento del espíritu y el legado de la lengua española como una posibilidad más de acercamiento entre los países. Esta lengua os asegurará, además, el contacto más eficaz con ese inmenso bloque de países hermanos, es decir, la gran familia hispanoamericana, que constituye, con todos sus problemas, una de las comunidades más esperanzadas del mundo actual.

Para nosotros, Filipinas es, fundamental-

mente, este que acabo de decir: ejemplo hermoso del cruce, en las avenidas de la Historia, de dos pueblos distantes; expresión, por tanto, de la tendencia del género humano a entenderse y unirse en su diversidad. Hoy, que estos deseos de entenderse se persiguen hasta por los medios más artificiales y mecánicos, contar con una base primaria tan sólida de comprensión como contamos filipinos y españoles, como cuenta Filipinas en relación con los dos mundos que en ella confluyen, es haber andado ya un largo camino que otros inician.

Filipinas es, además, una joven nación a la que su tradición cultural y el potencial de su riqueza colocan en situación privilegiada para cumplir en una zona neurálgica del mundo una importante tarea de paz y de progreso, una misión de defensa de la civilización a que pertenece.

Y Filipinas es, finalmente, una palabra que toca hondamente nuestro corazón. Están aún vivas en nuestra memoria las últimas cercanas horas de nuestra convivencia: están en pie todavía filipinos y españoles que vivieron aquellas horas. Y si los

recuerdos amargos de las luchas se han desvanecido, quedan, en cambio, los recuerdos entrañables de una vida común; los de aquellos siglos venturosos en que España realizaba el milagro de mantener unidos a nuestros pueblos a través de los océanos, circunvalando el mundo con nuestros frágiles veleros; o el de aquellos otros días, aún tan próximos a nosotros, en que España hacía su esfuerzo postrero por mantener el vínculo que le había unido durante siglos a Filipinas. Cuando los viajes transatlánticos españoles sostenían tenaz y gallardamente abierto el largo camino de Barcelona a Manila; cuando los hombres de empresa españoles animaban la actividad económica de las islas, y cuando los religiosos españoles preservaban en vuestra tierra, junto a la fe cristiana, la cultura de la que es instrumento nuestro idioma común. Fe y lengua en la que nacieron y murieron, no sólo los viejos conquistadores que fundaron vuestro país, sino los héroes de vuestra joven nación.

Por estos recuerdos, que son fundamento de nuestra solidaridad, pero, sobre todo, por nuestra esperanza en el futuro de la República filipina, permitidme, señor Presidente, que brinde, formulando aquí mis votos por vuestra felicidad personal y por la grandeza y prosperidad de vuestro país, tan amado de España.

PALABRAS DEL PRESIDENTE FILIPINO

El ilustre huésped de España contestó con las siguientes palabras:

Excelencia: Quiero agradecer sincera y profundamente las generosas palabras que Su Excelencia ha dedicado a mi persona, palabras que recojo para mi nación, la más lejana de las tierras de Hispanidad, la última nación nacida de esta grande España, pero no por eso la menos amante. Muy al contrario, pues es Filipinas la que, en la crisis mundial que atraviesa la Humanidad, se pone al lado de España en la vanguardia, resuelta, insobornable, sin dudas ni titubeos ni componendas de ningún género, en la lucha común contra el comunismo.

Así como fue España, con Su Excelencia a la cabeza, la primera nación que en Europa—y en el mundo entero—libró la batalla contra este mal de nuestro tiempo, que es el comunismo, venciendo en limpia lid, así también fue Filipinas la primera en el Asia que quiso y supo reconocer el peligro que representa para la libertad y dignidad del hombre toda esa tramoya de mentiras, engaños, asaltos y tiranías de la conspiración comunista, y, expulsándola del elenco de partidos políticos legales, dominó la revuelta de los llamados "Huks". Este es uno más de los numerosos vínculos que unen a nuestros dos pueblos, pues ambos han probado la fruta amarga del marxismo, y, habiendo conseguido felizmente depurarse de su ve-

nero, se hallan inmunizados contra su contagio en adelante.

Lo que sí podemos hacer, como pueblos libres y soberanos, es, dentro del marco de esta misma libertad y soberanía, ayudarnos mutuamente a encarar los problemas tan análogos de nuestros dos países, cambiando impresiones, compartiendo los resultados de nuestras experiencias y ensayando soluciones. Nosotros, en Filipinas, hemos visto con admirado asombro cómo después de la devastación de la guerra civil, del saqueo de las arcas del Banco de España, del desdichado boicoteo diplomático, de la exclusión del Plan Marshall cuando más falta hacía la ayuda exterior para levantar la economía desarticulada por la más cruel de las guerras, España ha resurgido por sus propios esfuerzos de la ruina y cenizas de una guerra impuesta por fucustos contubernios internacionales.

Todo esto se ha conseguido porque España ha tenido la ventura de dar con un caudillaje abnegado, acertado e inspirado que ha sabido forjar la unidad nacional, superando la lucha de clases y de partidos, supeditando la política al desarrollo económico de la nación, reclamando inmensas extensiones de tierras depauperadas, planificando y realizando grandes obras de complejos industriales, desviando ríos, reclamando marismas, horadando montañas, concentrando minifundios, repoblando sus montes, estabilizando su moneda, saneando el balance de pagos, incrementando de la nada a mil millones de dólares las reservas de sus divisas; en fin, llevando a cabo el milagro español.

Enfrentados con los mismos problemas y en condiciones semejantes a las vuestras, hemos querido comprobar personalmente las condiciones y los logros de la experiencia española, y confiamos en que no nos escatimarán su colaboración para que aprovechemos hasta el máximo los frutos de la experiencia española.

Las alabanzas prodigadas a Filipinas también las agradezco y acepto en nombre del pueblo filipino. Sé que en mi Pa-

tría se recibirán con júbilo las palabras generosas del Caudillo, y se apreciarán justamente en lo que son: palabras de cariño, palabras de aliento de una madre amorosa a la hija que quiso labrarse su propio destino y que hoy ocupa un lugar en el concierto de las naciones libres.

Caso insólito y único en la historia de todas las edades es este caso de Filipinas, país que rompe los lazos políticos que le atan a la antigua metrópoli, pero que conserva, con todo su pristino vigor, el amor que siempre los ha unido. Así ocurre que el mundo contemporáneo mire con asombro y extrañeza algo que para los extranjeros es un fenómeno, pero que a nosotros, españoles y filipinos, nos parece ordinario y natural: el espectáculo raro de dos pueblos y naciones—España y Filipinas—geográficamente tan separados, pero tan estrechamente ligados por identidad de ideas y sentimientos, de religión y cultura, de alma y corazón, que no parece sino que son en verdad un solo pueblo, una sola nación, un solo anhelo y una sola aspiración.

Lo que Filipinas es para España lo acabo de ver con mis propios ojos. Lo que España es para Filipinas os lo voy a decir.

Un poeta filipino, bien conocido en estas tierras por poeta y por declamador, dijo lo siguiente hace más de treinta años:

*En el curso del tiempo, desenvuelto,
Yo, España, volverás: ¡qué amor no ha vuelto!
Preso en la red del propio bien perdido, serás
un ave enferma de añoranza que va a volar,
cuando la noche avanza, en dirección al solitario
nido.*

No en vano la palabra poeta, en su original acepción, tenía significado de profeta. Yo os aseguro que el vaticinio del malogrado Manuel Bernabé se ha cumplido hace tiempo. España ha vuelto y está en Filipinas. A fe de caballero os juro que en estos momentos España tiene un altar recóndito en el corazón de cada filipino.

Caballeros españoles y filipinos, es decir, hermanos: Alzo la copa y os invito a beber por la salud del Caudillo de España, por la mayor gloria de esta tierra bendita, y por la eterna hermandad de españoles y filipinos.